

# Aeronáutica Militar

## LA ESTRATEGIA MUERE

# Bombardeada por la Aviación

Por el General BERMÚDEZ DE CASTRO

Estoy viendo muchos doctos en "Re militari" llevarse las manos a la cabeza al leer este epígrafe, que calificarán de espantosa herejía.

"¿De modo que cuando precisamente la Aviación hace posible una inesperada amplitud en las combinaciones estratégicas, hay quien, loco o despistado, pretende suponer que la Estrategia ha muerto y que es el homicida ese maravilloso avión moderno burlador de la noche y de las furias del mofletudo Eolo?"

Pues sí, señores estrategas; ese avión que se bebe los vientos y se traga las distancias de un ronquido es el Don Juan que se atreve a todas las beldades; desde Doña Marina, no en ruin barca, sino en opulento acorazado, hasta Doña Estrategia, a quien por favorecerla ha matado de amor. Devorando distancias, sirviéndola rendido, ha trocado en campos de batalla los teatros de operaciones más extensos; de hoy en más, el arte de la guerra vuelve a su primitivo ser y estado; el terrible Don Juan le ha devuelto su doncellez. Quizá el nombre subsista por rutina o costumbre; pero ya impropia, y lo voy a demostrar con menos fatigas que cuando de cadete me enfrenté con el volumen de la rebanada y la fórmula del binomio. Pero es indispensable adentrarse por los linderos de la Historia, aunque no penetrando mucho, porque Doña Estrategia no cuenta más edad que siglo y medio, que es bien poco, en el eterno rodar del Mundo alrededor del Sol.

\* \* \*

Las asombrosas victorias de Federico II de Prusia sacudieron la modorra de los tratadistas militares del siglo XVIII, época catastrófica para el arte militar, por su retardo en táctica, armamento, organización y espíritu. Aquellos triunfos rápidos, contundentes, decisivos, logrados casi siempre contra efectivos superiores, despertaron la curiosidad de los técnicos europeos, que se dieron a discurrir qué taumaturgia habría descubierto el Rey filósofo, volteriano y socarrón, además de flautista y poeta; comisiones de todos los Ejércitos llegaron a su corte para estudiar los nuevos métodos; por cierto que, al recibir a la española y enterarse el Soberano de que venían a estudiar la táctica prusiana,

les aclaró el asunto exornándolo con una reverencia y una sonrisa: "Señores Oficiales españoles: la táctica prusiana es la vuestra; la he copiado capítulo a capítulo." Nuestros compatriotas se volvieron a casa, y aquí no les querían creer.

Luego de percatarse las comisiones extranjeras de los detalles de las campañas federicas, cayó sobre todos los países una granizada de volúmenes en los que se descubría el secreto de la victoria; debíanse los éxitos a las marchas, evoluciones y maniobras lejanas, que situaban las fuerzas en lugares ventajosos al desenvolvimiento de la táctica en la batalla, obligando al enemigo a aceptar el combate en condiciones desfavorables. La doctrina parecía cosa nueva, y era más vieja que la Infantería; habíanla practicado la Falange griega y la Legión romana, y hasta los pueblos más bárbaros, desde los albores de la Humanidad, porque antes de aprender los hombres la pintura rupestre y la talla del sílex aprendieron el arte de darse coscorrones. Sin embargo, aquel producto del genio militar de Federico II se estimó una novedad, a la que no faltaba más que el nombre, y diéronse a buscarlo con ahinco los descubridores de esa "ciencia del General", antigua, como Epaminondas y César.

Había empezado la moda de poner nombres helénicos a los adelantos científicos, y un oficial prusiano, un poco estafalario pero de enorme talento, encontró que en la nomenclatura castrense caería bien una palabrita de la lengua de Homero: "Ciencia del General", se dijo, pues siendo "Estratega" la traducción del General, llámese Estratégica a su ciencia; mas parecióle largo, y quedó en Estrategia, dejando la primera para adjetivar aquellos nuevos movimientos, evoluciones y marchas alejadas del campo de batalla. La frase no habría hecho fortuna si el archiduque Carlos, digno, aunque desafortunado adversario de Napoleón, no hubiese publicado un Tratado con el título de "Estrategia", libro admirable de arte militar, que se tradujo a todos los idiomas conocidos, y al español, por el Coronel Ramonet. El príncipe austríaco escindía el arte de la guerra en dos ramas, y escindió también a los tratadistas, que se entregaron a escribir obras (algunas magnifi-

cas) sobre el tema, siendo infinitos más los "estrategas" que los "antiestratégicos"; éstos acabaron por enmudecer, y quedó el campo por los amigos de la novedad. Uno de los más tenaces y relapsos en resignarse fué español: el admirable historiador y maestro en arte de la guerra y otras muchas disciplinas científicas, General Almirante, procedente del Cuerpo de Estado Mayor. No parecía tarea fácil encontrar definición a la recién nacida, que, orgullosa con su esplendente venida al mundo militar, empezaba a menospreciar a la Táctica; un apóstol suyo la definía diciendo que la Estrategia era el arquitecto, y la Táctica, el albañil, a cuyo exagerado concepto alguien contestó que con buenos tácticos se ganan las batallas, y por tanto, las guerras, siempre que unos pocos estrategas no se encarguen de echarlo todo a perder.

Al fin logröse una definición clara, precisa, concisa y dogmática. Estrategia es la ciencia que realiza fuera de la acción de las armas las operaciones preparatorias de las batallas. Táctica es el arte de mover las tropas bajo la acción del enemigo; definición en que, con diversos modos, coinciden todos los tratadistas, o casi todos, porque existen algunos que involucren la ciencia mezclando la Logística, y aun la Fortificación, que a mi modesto juicio son ramas del arte militar, pero no integradas en la pura Estrategia.

Nadie puede, pues, negar que la Estrategia, nacida en 1796, es posterior a los más grandes estrategas de toda la vida del Mundo; que no la conocieron Alejandro, Aníbal, César, Almanzor, el Cid, Gonzalo de Córdoba (figura inmaculada del Caudillo español), el Gran Duque de Alba, que aprovechó los discípulos del Gran Capitán e hizo los suyos—dejadme nombrarlos para orgullo de España: Antonio de Leiva, Julián Romero, Sancho Dávila, Verdugo, Bracamonte, Farnesio (tan español como italiano), Pescara (tan italiano como español), adorado por los soldados españoles; Cristóbal Lechuga, Cristóbal Mondragón y Bernardino de Mendoza. Pongamos en la lista al marqués de Santa Cruz de Marcenado, y aumentémosla con los estrategas, "malgré-lui", franceses: los Guisas, Condé, Felipe IV, Napoleón, Bertier, Marmont, Couvion Saint-Cir, Massena, y los tudescos Gudros y Eberstain, y los italianos Vitelli y Basta, y el flamenco Lannoy y el walón Egmont...

Todos estos genios y otros más que restan en el tintero, como Gustavo Adolfo, eran como el personaje de Molière, que hablaba en prosa sin saberlo; practicaban la Estrategia sin conocer su existencia. No debe extrañar a nadie que si los aviones alemanes pulverizan el cemento y el acero, hagan trizas una entelequia tan tierna como la ciencia estratégica, que no es más que una fase del eterno e inmutable arte militar.

Sin duda los inventores de la escisión creyeron o aspiraban a encerrar en sendos libros los procedimientos que el genio de los grandes capitanes había empleado; como si fuese ciencia y no arte la inspiración y la luz divina; es cual si se escribieran libros para pintar lo mismo que Velázquez, esculpir tan maravillosamente como Fidias y escribir cual Cervantes; el genio nace y se forma con el estudio de la historia de las guerras y del arte militar, que abarca muchas ciencias, incluso la social y la económica.

Demostrado históricamente que los grandes estra-

tegas no sabían lo que es Estrategia, cerremos el libro de Clío y abramos la colección de partes de la guerra actual.

\* \* \*

La Estrategia y la Táctica tienen idénticos principios fundamentales; no se diferencian más que en que la primera actúa lejos del enemigo, y la segunda, cerca (Táctica viene de "tangere"); aquélla, en el teatro de operaciones; ésta, en el campo de batalla; una, en la quietud del gabinete; otra, dentro del horno en que "bate el cobre".

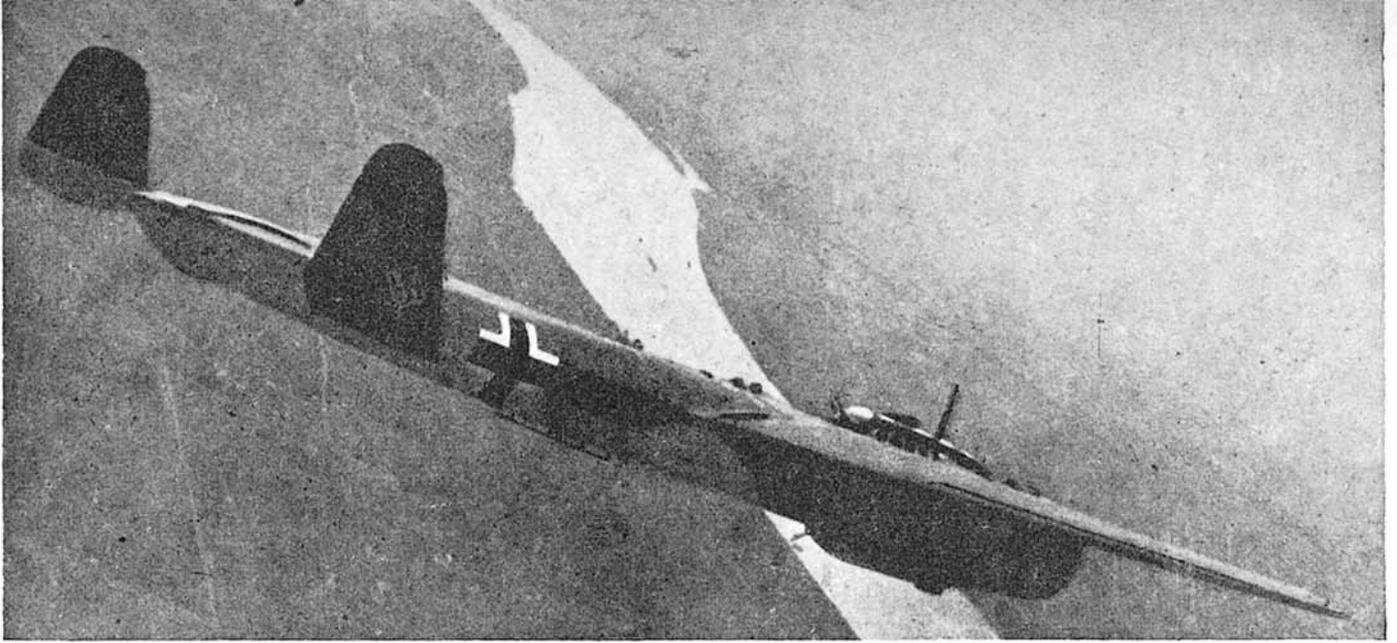
Ya el suizo Jomini, tan conocido (y tan apasionado por la Estrategia), siente, al escribir su voluminoso Tratado de la misma, un conato de corazonada al apuntar "que los principios de la nueva ciencia pudieran algún día modificarlos los adelantos de las armas de fuego"; naturalmente, el tratadista no podía imaginar que las armas de fuego iban a volar por los aires a una velocidad casi telegráfica, sustituyendo a las grandes vanguardias de Caballería, que se adelantaban a los Ejércitos cuatro y cinco jornadas; no le era posible suponer que esas armas cogieran de revés al enemigo, a sus reservas, a sus puntos de etapa, a las ciudades más lejanas y a la capital misma. Veía Jomini un peligro para la atrayente novedad, y el peligro ha llegado en alas de las águilas militares.

Los partes de la campaña de Holanda, confirmando lo sucedido en las de Polonia y Noruega, nos dicen que al mismo tiempo que el Ejército terrestre alemán atravesaba la frontera, el del cielo se esparcía por encima de todo el territorio; sus paracaidistas ocupaban los lugares neurálgicos (aeródromos, estaciones, cruces de carreteras, puertos marítimos, ciudades guarnecidas, centros industriales y la capital misma). El barullo en el Ministerio de la Guerra y el aturdimiento en el Gran Estado Mayor debieron de ser enormes; las órdenes no podían ser terminantes, porque las noticias del invasor atacando los puntos vitales desconcertaban toda suposición. Los jefes de las grandes unidades, por propia iniciativa más que por disposición del Mando, reunieron sus tropas y las encaminaron hacia los cuarteles generales superiores, no sin que durante las marchas dejaran de sentir los efectos de la Aviación alemana paseándose por todo el techo holandés. ¿Qué Estrategia era posible en estas críticas circunstancias?

Las Divisiones motorizadas germánicas avanzaban rápidas, precedidas por fuertes Escuadrillas que les limpiaban el camino. ¿Ha habido Estrategia en Holanda? Evidentemente, no; desde la frontera al mar, todo el terreno, sin faltar un metro, pertenecía a la Táctica, porque se hallaba bajo el fuego; ¿y qué elemento produjo ese resultado? La Aviación. ¿Está esto claro?

Porque lo de abrir las esclusas e inundar la tierra, llana como una mesa de billar (con su paño verde y todo), no creo que pueda considerarse maniobra estratégica, pues que no pasa de estratagema, y ciertamente poco eficaz, ya que las dos veces que fué empleada no detuvo a los soldados de los Tercios (porque se hicieron zancos) ni ha detenido a los alemanes (porque la motorización les evitó mojarse los pies).

El examen de la campaña de Bélgica, mejor preparada, no discrepa de la anterior; la misma confusión



en los círculos directivos, e igual esparcimiento por los aires de los cazas y bombarderos que atacaban las columnas en marcha; marchas no estratégicas, sino de "aproche", porque no tenían otra misión que la de acudir a todo trance a las líneas fortificadas para formar la barrera apoyada en las célebres plazas fuertes, que en la guerra pasada consiguieron entretener a los alemanes y dar tiempo a la movilización del Ejército francés. Pero antes de establecerse en los intervalos de los fuertes y reforzar las guarniciones de ellos, ya estaban todos rebasados por la gola, gracias a la Aviación. En Bélgica no hubo, pues, ni la menor sombra de Estrategia, porque la llegada de las mejores tropas francesas (el Ejército colonial) no puede calificarse de Estrategia: era el cumplimiento del plan de ayuda; los franceses llegaron, se batieron, y, sin moverse de sus líneas, cayeron prisioneros. No les dió tiempo a más la Aviación, que dispersó las pocas unidades en retirada. En Bélgica no hubo más que Táctica.

De la guerra en Francia podría decirse lo mismo; los partes franceses noticiaban siempre "retiradas estratégicas"; frase que intenta desfigurar las retiradas o las fugas, prendidas por los garfios de la persecución; suele añadirseles un estribillo: el de "a posiciones previstas por el Mando". En Francia no ha habido más que retrocesos sangrientos, como lo demuestra la veloz llegada de los invasores al mar y a la frontera española; la Estrategia brilló por su ausencia; la Táctica actuó en la plenitud de su poder, llevada de la mano de la Aviación.

La enorme extensión de Rusia, ¿habría permitido maniobrar a los Ejércitos moscovitas colocándose alguno en un flanco, corriéndose de sus líneas o retirándose en grandes escalones mientras gruesas vanguardias detenían el formidable empuje alemán? Sin la intervención ininterrumpida de los aviones, seguramente, sí; pero no hubo tal; la maniobra germánica fué la misma en todas partes: romper, cercar y rendir, sin que la Aviación permitiese a las reservas impedir los envolvimientos, ni la motorización consintiera soltar la presa hecha en las Divisiones derrotadas; Táctica, y nada más que Táctica, se ha empleado en Rusia.

Recuérdense aquellas marchas de Federico II para esquivar la batalla cuando se veía amenazado por un flanco, o para concentrarse y atacar en condiciones ventajosas; ténganse en cuenta aquellos rigodones del Ejército francés y el anglo-español en la cuenca del Arapil grande, días y días, ocultándose, apareciendo, y,

al fin, batiéndose cuando cada cual se creía en posiciones favorables; y las marchas y contramarchas que precedieron a la batalla de Bailén; y el envolvimiento de Ríoseco, que no inspiró al General español—cuyo nombre no hace al caso—más que las frases de "¡Anda, anda, buena se va a armar!"; y no digamos las jornadas de Zumalacárregui haciéndose perseguir, para aparecer a retaguardia de sus perseguidores y atacarlos y perseguirlos a su vez; y los rodeos de Cabrera, acosado por siete columnas y burlándolas siempre hasta pasar la frontera. Eso era Estrategia o Arte Militar, y eso ha desaparecido por la Aviación.

Resumiendo: la Aviación somete al enemigo, dentro del teatro de la guerra, a marchar de noche y con todas las precauciones tácticas, aunque camine muy lejos de la línea de contacto, por donde antiguamente, antes de existir el aeroplano, se marchaba con toda tranquilidad; la marcha estratégica se ha convertido en marcha táctica, hasta con los cañones de la D. C. A. cargados. Estando todo el territorio sometido a la acción de los aviones, es campo de batalla. No hay maniobra secreta, y, por tanto, ninguna escapa a la acción táctica de la Aviación. No puede haber engaño, porque los aparatos de observación vigilan y denuncian cualquier movimiento de tropas, y siendo uno de los objetivos de la Estrategia engañar al enemigo, desaparece la Estrategia.

Esto está sucediendo hoy, que el Ejército del Cielo no alcanza todavía el volumen que tendrá cuando concluya la actual contienda. Roosevelt, con tenacidad de perturbado, siembra la semilla de otra guerra nunca vista: la entre dos Continentes: Europa unificada, contra Norteamérica; guerra en que la Aviación representará el papel preponderante; ahora se cuentan los aviones por miles; pronto se contarán por millones. Nublarán el sol, sin que valga decir con Leónidas: "Mejor; así nos batiremos a la sombra", porque sombra no habrá, sino deslumbrantes fulgores de las explosiones y espantosas hogueras de los incendios.

Otra vez el Arte Militar queda tal como lo encontraron los grandes capitanes; mas como la Aviación, aparte de ser Arma principal, asciende a rama de ese Arte, pues colaborando en íntimo consorcio con los Ejércitos de Mar y Tierra, posee todos los elementos para obrar por sí sola, allí donde las distancias no permiten la acción de los Ejércitos hermanos, la Estrategia ha muerto.

Q. E. L. Q. S. Q. D.